

*Discurso pronunciado por el académico Dr. Segundo V. Linares Quintana, en el acto de homenaje al académico Dr. Isidoro Ruiz Moreno, celebrado en el Salón de Actos del Club Universitario de Buenos Aires el 6 de setiembre de 1985, con motivo del octogésimo aniversario de su nacimiento*

No inspira mis palabras la intención de hacer una prolija y fría enunciación de los innúmeros títulos y antecedentes que abonan la brillante personalidad intelectual y ética del Dr. Isidoro Ruiz Moreno; como tampoco ocuparme, de manera exhaustiva, de los distintos aspectos de su denso pensamiento y valiosa obra, en cuanto jurisconsulto eminente, internacionalista de fama mundial, auténtico maestro del Derecho, abogado de nota, reputado escritor jurídico y, sobre todo, ejemplar ciudadano de la República, cuya existencia traduce una permanente lección de moral cívica y de consecuencia con sus ideales. Por el contrario, mi único y simple propósito es ofrecer al ilustre y querido homenajead, cálido testimonio de amistosa congratulación y sincero afecto, con motivo de cumplir sus *ochenta jóvenes años*.

El siempre recordado Maestro Osvaldo Loudet, que vivió noventa y cuatro fecundos años, brindando hasta sus últimos momentos los ricos frutos de su talento y laboriosidad, decía que "las edades no las fija el tiempo, sino los hombres"; y distinguía: la edad del almanaque, la edad de las arterias y la edad del espíritu, atribuyendo primacía a esta última sobre las otras. El Dr. Ruiz Moreno ha cumplido, como he dicho, *ochenta jóvenes años*, porque ha sabido mantener la lozanía y juventud de su espíritu, lo que hace esperar de él muchos más fecundos y felices años.

Días pasados, al recibir las afectuosas felicitaciones de un grupo de amigos, nos emocionaba con hermosas recordaciones y dulces remembranzas que le colmaban de alegría y dicha, compartidas por los presentes. Razón tuvo Montaigne cuando escribió que ni le importaba que le arrancasen los años siempre que no le robasen los recuerdos.

Sana y constructiva costumbre republicana es señalar

a la comunidad los rasgos ejemplares de las vidas de aquellos de sus integrantes que merezcan servir de paradigma a sus conciudadanos. Y ella asume mayor relevancia todavía en épocas de confusión y crisis, como la que vive la incipiente democracia de nuestro país, que tras avatares y vicisitudes sin fin, esperanzada se empeña en retomar el soleado camino de la Constitución y de la República, como lo soñaron y planearon los padres de la patria desde el inicio mismo de la nacionalidad.

No voy a incurrir, como ya lo dijera, en la inoportunidad y en la redundancia de recordar ahora y en detalle el notable *curriculum vitae* del Dr. Ruiz Moreno, por demás de todos conocido: abogado y doctor en jurisprudencia egresado con medalla de oro de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires; distinguido con muchos e importantes premios por su labor científica; profesor titular de Derecho Internacional Público en la misma Casa de Estudios; miembro de número de las Academias Nacionales de Ciencias de Buenos Aires, de Ciencias Morales y Políticas, y de Derecho y Ciencias Sociales, de la cual fue sucesivamente Vicepresidente y Presidente; miembro también de otras muchas y calificadas instituciones científicas del país y del extranjero; juez y conjuez de la Corte Suprema de Justicia de la Nación; Subsecretario y Consejero Legal del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Nación; representante del país ante congresos y conferencias internacionales; autor de valiosos libros sobre temas fundamentales de su especialidad, así como de innumerables artículos en revistas especializadas y expositor de cientos de conferencias y disertaciones. Debe agregarse que ejerce activamente su noble profesión y es abogado de nota y de consulta que ha intervenido en importantes controversias judiciales.

El Dr. Ruiz Moreno descende de una familia de empuinado y rancio abolengo, caracterizada no sólo por ser una de las más antiguas de Buenos Aires por línea de varonía —como que es anterior en treinta y seis años a la creación del Virreinato del Río de la Plata—, a la vez que por la lucida participación de sus integrantes en la historia y el desenvolvimiento del país, sino, además y primordialmente, por una brillante tradición intelectual y científica.

El Dr. Ruiz Moreno hace honor a su linaje intelectual

y ético, y particularmente a su digno y sabio padre, modelo de ciudadano, de jurisconsulto, de funcionario público y de maestro del Derecho, de quien me honré en ser discípulo, recibiendo sus magistrales lecciones en las inolvidables aulas de la calle Las Heras. Por eso, hemos escuchado muchas veces de los emocionados labios de Isidoro la hermosa confesión de que es *hechura de su padre*. Porque, como aquél, es internacionalista sobresaliente, fue catedrático de la misma rama jurídica, Consejero Legal del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Nación y delegado a congresos y conferencias internacionales, como asimismo es académico. Y para su legítima satisfacción y sano orgullo, su hijo, que lleva el mismo nombre del padre y del abuelo, continúa la tradición familiar, en cuanto prestigioso jurista e historiador, que ocupa también la cátedra universitaria y es autor de valiosos libros y trabajos científicos. E incurriría en gruesa e imperdonable injusticia no mencionar aquí a su dignísima y muy apreciada señora esposa, Doña Amelia Juana Baires, compañera ejemplar y dulce y valiosa colaboradora en todos los instantes de su existencia.

Amén de las relevantes condiciones intelectuales y morales del Dr. Ruiz Moreno, mucho ha influido en su éxito haber acertado con el camino de su vida, cumpliendo en plenitud el auténtico llamado de su vocación, decisiva circunstancia que selló su sino. Bien se ha dicho que el destino del hombre está vinculado con el cumplimiento de su vocación; por lo que el accionar de los individuos queda signado por la frustración y el fracaso cuando se traiciona esa innata inclinación con que la Voluntad Divina distingue la individualidad de cada ser humano.

Era creencia difundida en la Antigüedad que en la infinidad de estrellas que tachonan el firmamento, cada una de ellas corresponde a un individuo, al que sigue durante toda su existencia marcándole rumbo y destino. Idea semejante inspiró el verso del Dante en su *Divina Comedia*: "Si sigues tu estrella no puedes dejar de arribar a glorioso puerto". El Dr. Ruiz Moreno supo desde temprano descubrir su estrella, con la que ha sido consecuente, y por eso ha arribado a glorioso puerto, esa encumbrada posición espiritual y ética que le ha valido respeto, prestigio y afecto.

Como hombre de ley de alma y corazón que es, a tra-

vés de toda su vida el Dr. Ruiz Moreno mostró siempre su irreductible voluntad de combatir por el Derecho, cumpliendo sin claudicación alguna el noble imperativo que sella la vida humana a través del tiempo y el espacio. Siempre ha tenido presente la idea-fuerza del ilustre von Ihering, para quien "la lucha es la faena eterna del derecho".

En su libro *El juicio del siglo*, Joaquín V. González escribió: "El núcleo de estadistas y pensadores que no vacilamos en designar por *Hombres de la Constitución*, los que la idearon, la redactaron y la explicaron al país y al mundo en libros, polémicas y discursos en las inmortales Convenciones de Santa Fe y de Buenos Aires, había pulsado a fondo el pensamiento de los Fundadores y había penetrado en el porvenir para adelantarse a los tiempos y, rompiendo toda una concreción secular de prejuicios, proclamar el Código Político más liberal y prospectivo". De la conducta del Dr. Ruiz Moreno, en lo que va de su rica existencia, resalta con inequívoca claridad su permanente afán por la defensa de la Constitución, en que ha visto siempre el instrumento magnífico e insustituible de libertad, de gobierno y de progreso, a la vez que de prenda de unión y de paz interior de los argentinos. Merece por consiguiente el Dr. Ruiz Moreno el honroso calificativo de *Hombre de la Constitución* que, interpretando en su verdadera esencia el espíritu del concepto gonzaliano, también corresponde a los ciudadanos que no sólo estudiaron, enseñaron, cumplieron y defendieron la Ley Suprema de la Nación con sapiencia y dignidad, sino que, además, con su diario accionar fueron leales a ella hasta el sacrificio y el renunciamiento. Precisamente, por su permanente fidelidad a la Constitución y la ley ha sido que el Dr. Ruiz Moreno resignó importantes posiciones ganadas con su talento y esfuerzo y rehusó otras tantas por no traicionar sus acendradas convicciones republicanas. Bien puede decir lo que el insigne Alberdi escribió con caracteres indelebles y aleccionadores: "Yo no estoy para combinación alguna en que la Constitución no entre como base y punto de partida".

Faceta esencial de la personalidad del Dr. Ruiz Moreno ha sido su dedicación a la enseñanza universitaria, sobre todo en el área de su especialidad, destacándose como

un auténtico Maestro del Derecho en el exacto sentido del término.

En su significado llano y usual, se llama *maestro* al que enseña una ciencia, arte u oficio. Pero, en significado estricto y valorativo, *Maestro* es eso, pero mucho más; un verdadero forjador de almas, que guía al discípulo por el difícil camino de la verdad moral y científica; y que no se limita a ser un mero transmisor de información y conocimientos, sino que se esfuerza en formar su personalidad intelectual y ética, desarrollando los valores espirituales que hacen a la dignidad del ser humano. Como dijera un Maestro de Maestros, en una de sus lecciones magistrales: “La vocación por la enseñanza es una virtud que no se encuentra en los libros de pedagogía. Los maestros de verdad nacen con el mágico designio. Enseñar es la forma más pura de amar a los hombres y no todos pueden ni saben encender la lámpara divina, y graduar y enfocar su luz, sin que ofusque, hiera o dé sombras, y elevarla luego a la altura de su corazón para que irradie más calor y más vida sobre las almas trémulas y sedientas. La única ley que gobernó la vida de Pestalozzi fue la ley del amor espiritual. Amor divino, todo esperanza y sacrificio”.

En la democracia republicana, la educación juega un papel decisivo en la formación ética de los ciudadanos, capacitándolos para el cabal cumplimiento de sus deberes. *Educar al soberano*, proclamaba Sarmiento como misión fundamental para el correcto funcionamiento de las instituciones libres. “*Educar al pueblo en la libertad* —decía, a su vez, Alberdi— es equivalente a devolverle su poder. La educación política, es decir, la costumbre inteligente de ejercer el poder, es la verdadera y sola libertad”. De lo que resulta que en la República, no se puede ser verdadero Maestro, cualquiera sea la rama del saber que se enseñe, si no se contribuye a formar ciudadanos, mediante la *educación para la libertad*, que no solamente se imparte con la palabra en la cátedra, la prensa o el libro, sino y primordialmente con el ejemplo de una limpia conducta cívica. Tal es el caso del Dr. Ruiz Moreno, cuya suprema lección a sus alumnos fue el doloroso sacrificio de la cátedra a la que había llegado por propios y bien justificados merecimientos y que ejerció con excepcional competencia y dignidad.

Rasgo notable y significativo de la personalidad moral e intelectual del Dr. Ruiz Moreno es que en su obra científica hace *ciencia del alma*, en el elevado sentido del concepto, como fluye del *Libro de los Libros*, que en sus *Proverbios* proclama: “Dichoso el hombre que ha adquirido la sabiduría y es rico en prudencia; cuya adquisición vale más que la plata, y sus frutos son más preciosos que el oro acendrado” (III, 13); como también que “Donde no hay prudencia, que es la *ciencia del alma*, no hay nada bueno”; y que “la sabiduría reside en el corazón del hombre prudente” (III, 15 y XIV, 2).

Y como el Dr. Ruiz Moreno ha hecho *ciencia del alma*, consecuentemente también ha realizado *política del espíritu*, que no es sino la política de las políticas. Magistralmente reflexionaba el Maestro Loudet, que “por encima de todas las políticas está el espíritu puro, que significa el culto fervoroso y abnegado de los valores intelectuales, estéticos y morales; es decir, el culto de la verdad, de la belleza y del bien. Realiza *política del espíritu* el hombre de ciencia que lucha sin pausa para adquirir una nueva verdad o descifrar un enigma; lucha silenciosa, en que las ideas se destilan gota a gota —como decía Sainte-Beuve—, pero que por una cristalización misteriosa, algunas de esas gotas se transforman en una perla y en un diamante. Realiza política del espíritu el educador que moldea las almas con la fruición de un escultor, con la fe de un iluminado y experimenta la profunda emoción de descubrir las bellezas de otras almas. Realiza política del espíritu el hombre a quien el destino le ha dado los dones para crear la belleza, con la pluma, el sonido, el buril o el pincel, y despierta en sus semejantes las emociones más puras. Todo eso es política del espíritu. En la estimativa de los valores —agrega Loudet— hay una escala ascendente en cuya base se encuentran los vitales y los económicos, y en cuya cúspide resplandecen los éticos y los religiosos. La política del espíritu al cultivar los altos valores en el hombre que la profesa y en los demás, se obliga al cumplimiento de deberes consustanciales con esos valores. Esos deberes aparecen claros para los que poseen exquisita sensibilidad moral”.

El Dr. Ruiz Moreno ha sabido cumplir la auténtica misión del científico en el conflictuado mundo en que vivimos. “El sabio de hoy —escribió también Loudet— no de-

be olvidar la misión social de la ciencia, y al buscar la verdad en la vida, debe derramar la luz que fluye de esa verdad, sobre la inmensa caravana que siente y sueña y también espera, porque la esperanza es el fundamento mismo de la vida. Dar todo lo que se puede dar, como una obligación de conciencia, y si no se puede ser torrente, ser la humilde gota de agua cristalina, que también tiene su valor y pesa en la dinámica del mundo”.

Me atrevo a afirmar que el Dr. Ruiz Moreno ha podido hacer *ciencia del alma y política del espíritu*, porque siempre tuvo presente el pensamiento de Pascal: “Conocemos la verdad, no solamente por la razón, sino también por el corazón”.

Como la luz, que irradia claridad, la verdad, que también esclarece, no los objetos sino la mente de los hombres, es una sola y no admite escisión alguna. Bien dijo Poincaré que “la verdad científica y la verdad moral no se las puede separar, y el que ama la una no puede dejar de amar la otra”.

Existe una moral de la ciencia, que no consiste sino en la búsqueda de la verdad científica. Compréndese, entonces, por qué solamente existe una fórmula de la verdad, sea ésta científica o moral, que consiste —como magistralmente estableció Aristóteles— en: “decir lo que es, es, y lo que no es, no es”.

Para lograr su triunfo en la vida, no le hubieran bastado al Dr. Ruiz Moreno sus brillantes condiciones morales e intelectuales, como tampoco su lealtad a la fórmula de la verdad, si no hubiera acompañado a todo ello, su ejemplar laboriosidad, profundamente compenetrado de que nada se consigue sin trabajo y esfuerzo. De poco sirve la aptitud si no se la cultiva con persistencia y con amor. Por eso Buffon pudo decir que “el genio es una gran paciencia”. También el ilustre sabio español Ramón y Cajal escribió alguna vez que “toda obra grande, en arte como en ciencia, es el resultado de una gran pasión puesta al servicio de una gran idea”.

Según la acertada reflexión de Séneca, “es preciso combatir a la celeridad del tiempo con la prontitud de utilizarlo y considerarlo como un rápido torrente cuyas aguas no correrán siempre”. Esta misma idea sugería a Chateaubriand que la vida “es demasiado corta para la acción, de-

masiado corta para el pensamiento, demasiado larga para la infelicidad". Por eso es que el hombre sabio vive como si cada día hubiera de ser el último de su existencia.

El Dr. Ruiz Moreno se impuso la dimensión adecuada para la faena fecunda y sin pausa, realizada día a día, con la serena alegría del hombre justo y prudente, que inspiró siempre sus acciones públicas y privadas en el bien de la humanidad, de la patria y de la familia, sembrando respeto y afecto por doquier y a manos llenas, conquistando de esta manera el vellocino de oro de la dicha en la medida en que puede gozarla el ser humano, siguiendo el recto camino de la virtud y el honor, y que en último análisis no consiste sino en la paz y sosiego con la propia conciencia. Con razón reflexionaba Marco Aurelio: "En ninguna parte puede hallar el hombre un retiro tan apacible y tranquilo como en la intimidad de su alma; sobre todo si posee esos dones preciosos que por sí solos constituyen una calma perfecta, y entendiendo por esto, la tranquilidad de un alma en que todo está con orden y en su lugar". Y el Dr. Ruiz Moreno —para emplear hermosas palabras de Joaquín V. González— es uno de esos "espíritus que en la peregrinación de la vida sólo tienen reposo en los valles solitarios de la ciencia"; serenos y deseados lugares donde continúa el trabajo silencioso y la meditación profunda, sin perder por ello contacto con la realidad del país y del mundo, ni apagar su ininterrumpida pasión por la defensa del Derecho y de la Constitución.

Señoras; Señores:

El Dr. Ruiz Moreno ha ejercido y continúa ejerciendo cabalmente la más difícil de todas las profesiones, la que pocos, por más títulos que posean pueden ejercer, cual es la *profesión universal de ser hombre*, como la definiera y proclamara magníficamente Guyau: "Es la única que no tiene excusa posible. Es la única que no tiene títulos oficiales. Es la única permanente que todos deben ejercer y cumplir. Es la única que no puede eludirse, que no puede abandonarse. ¿Qué significa ser hombre? Cumplir con los deberes inherentes a la naturaleza humana. No renunciar jamás a la libertad y a la justicia. Amar con pasión lo que debe ser amado y desdeñar la simulación y la mentira. Sacrificarse por la verdad y por el derecho. Ser altivo frente

a los despotismos y humilde frente a los que se sacrifican por el honor y la gloria del país. Ser hombre verdadero es colocarse por encima de las leyes humanas e inclinarse ante las leyes divinas”.

Tal es, ni más ni tampoco menos, la nobilísima y tan difícil de ejercer *profesión universal de ser hombre*, que el Dr. Ruiz Moreno ha sabido cumplir en todo momento, a través del tiempo y en plenitud, y a quien, juntamente con los suyos, deseamos la mayor ventura personal por otros muchos jóvenes años, para bien de la patria y alegría de sus familiares, amigos y de todos los que lo conocen y tanto lo aprecian.